



La serie de poesía *José Yurrieta Valdés**

Félix Suárez

I

Uno de los acontecimientos relevantes para la vida de la Universidad Autónoma del Estado de México, durante 1998, fue, sin duda, el homenaje que ofreció ésta a los 50 años de vida universitaria del maestro José Yurrieta Valdés: ingeniero, contador público, estudioso de la realidad local, maestro de incontables generaciones de universitarios, erudito y gran conversador, editor de una de las colecciones más importantes para la cultura local: los *Cuadernos del Estado de México*.

Bastaría, ciertamente, esta última actividad de amor por la preservación de la cultura impresa, para ubicar al ingeniero Yurrieta Valdés como uno de los hombres que han dedicado la mayor parte de su vida y sus afanes a los libros y al engrandecimiento de la cultura del estado.

Ahora, a unos meses de concluido el homenaje, la propia Universidad Autónoma del Estado de México y la editorial La Tinta del Alcatraz, nos ofrecen una colección literaria denominada *Serie José Yurrieta Valdés*, en honor de quien fuera uno de los pilares y pioneros de la conquista de la autonomía universitaria. La serie, como parte del reconocimiento ofrecido, es, en palabras del rector, un testimonio de la admiración y el respeto que la comunidad universitaria le profesa.

II

Editor sobre todo, como el propio ingeniero Yurrieta, Héctor Sumano, conocido más por todos nosotros como el editor de "La hoja murmurante", ha reunido en esta primera entrega de la colección, siete distintas voces de un igual número de poetas que representan al menos tres gene-

raciones distintas, lo que, sin duda, hace que sus registros y los tiempos de cada uno de ellos, sean particularmente diferentes, aunque semejantes en sus esencias y en su aliento, en la manera de proveerse el material para sus obras, que es siempre el mismo: la vida nuestra y sus afanes.

Así, y en un estricto orden generacional, me detendré brevemente en cada uno de ellos, tal vez para mencionar solamente algunos de los muchos aciertos que recorren estos libros.

Siete autores distintos de distintas procedencias: un largo itinerario de la poesía que arranca en Sevilla y termina en Huixquilucan, o al contrario; una travesía de edades que cubren la mayor parte de este siglo, de 1920 a nuestros días. Luego, sitios, apariciones instantáneas de la memoria, la desesperanza y sus afanes semovientes, el rencor que rumia y se revuelca en oscuros lechos de ceniza, el amor que lucha cuerpo a cuerpo en agotadoras guerras floridas, el canto a la tierra y a la raíz, el Xinantécatl coronado, el treno de enlutecidas cantigas, el dolor del desencuentro más deseado, el júbilo, también el gozo nacarado de los frutos y su fiesta y su carnaval y sus flores y la fe inconsumible en la poesía y en su inominado receptáculo: el poema.

Todo cabe en la poesía, por eso todo cabe o pareciera caber en estos siete libros; por eso sus tiempos y sus motivos transitan de uno a otro, tejen entre sí una sencilla y dichosa red de vasos comunicantes, porque sencilla y dichosa es la fragancia de los membrillos, la pregunta del insomne en una noche cualquiera, el amor que sacraliza

*Texto leído durante la presentación de la colección literaria "José Yurrieta Valdés", en la Sala Manuel Altamirano de la UAEM.

los cuerpos de los amantes, el dolor simple que nos cae encima como una pesada loza a la mitad de la tarde, la indignación sin nombre, el amor con que nos reconocemos en el polvo de los caminos y en la más perfecta e inmaculada blancura de la nieve.

III

RODOLFO GARCÍA GUTIÉRREZ nació en 1920, en Huixquilucan. Los 15 sonetos que dan título a ese libro van de la elegía al canto de desconsuelo; nueve de ellos están dedicados al Xinantécatl, el señor del volcán, y son todos ellos un canto a la tierra de origen, una canción memoriosa que pregunta de pronto por el pasado y lo perdido.

Aquí, la carencia se resuelve en el motivo que nutre al poema, y éste se nos da en formas *aparentemente* cerradas, y digo aparentemente porque en Rodolfo García, el soneto, por momentos, no es precisamente una estructura verbal inamovible, estrecha. Por el contrario: en algunos poemas se nos revela como un poeta en pos de una constante búsqueda y novedad.

Así encontramos este último terceto donde los distintos elementos seleccionados por el poeta se unen en un intento por agotar o llevar hasta sus últimas consecuencias las posibilidades significativas de la imagen y revelarnos con ello las secretas afinidades que cohesionan la realidad:

Y a cada golpe del otoño-viento
alguna de hoja-pájaros bandada
desciende en remolino al pavimento

Y en esta búsqueda, García Gutiérrez se nos revela como un poeta dueño de sus herramientas, nos deja ver un oficio bien acabado (como en los poemas "Decepción" y "Resignación") y la piedra en la que pule con mano segura cada una de sus palabras.

JUAN CERVERA nació en 1933. Sevillano de origen, ha publicado varios libros en el país, donde vive desde hace más de 30 años. En *La realidad no es nuestra*, Cervera nos vuelve a señalar algunas verdades que, de tan sabidas, corren el riesgo de olvidársenos: la vida es breve, triste y nada en ella nos pertenece.

Con ecos del monólogo de Segismundo de Calderón, de la tradición del teatro español anterior a Lope de Vega, Juan Cervera vuelve a bordar sobre el tema de la desdicha del hombre:

Amargo y extranjero
él lo supo muy bien
desde el oscuro vientre de su madre,
y fue por eso que nació gritando.

O estas tres líneas de fría y objetiva desesperanza, en las que el lector recibe garbanzos de a libra:

Nada nos pertenece.
Habitamos en cuerpos que derivan en polvo.
Somos pobres criaturas transitorias.



No obstante, en medio de los zargazos y el escepticismo, el poeta descubre la poesía por la que más adelante agradecerá estar vivo y seguro de que gracias a ella –la poesía, a la que declara su amante– “el mundo no es tan torvo”.

La mirada desencantada de este poeta se nos vuelve un calosfrío cuando nos dice, con una implacable certidumbre, que las cosas que invariablemente deseamos llegan tarde y una vez que han dejado de importarnos.

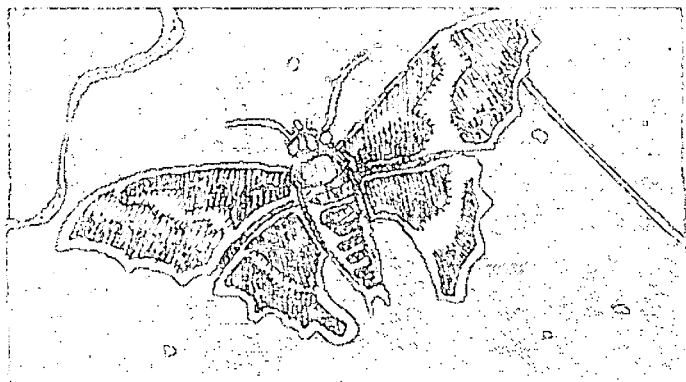
Así, con esos ojos desengañados, el poeta nos ofrece, sin embargo, otra verdad de a libra: la vida, azarosa en todos sus momentos, resulta habitable y susceptible de gozo gracias a las muchachas floridas, en las que uno puede, de nuevo, como alguna vez en el desierto, sosegar entre sus cántaros la impalpable sed de los camellos.

ROBERTO REYES nació en 1933. En su libro *Inmensidad adentro* explora estados como la soledad y el amor. En la azalea, *flor de los vientos*, como la llama el poeta, Roberto Reyes percibe la representación de su soledad, y en otras flores adivina, de igual modo, emanaciones y rastros de la tierra y la mujer amada:

¡Oh, flor de los vientos!
manténme sin zozobrar,
no permitas que huracanes
me hagan sucumbir,
abrígame en la rada de tus piernas

La flor es, así, imagen de la amada, pero también de su sexo y del sexo posible de la tierra: “un aroma de orquídea de mujer”, declara, y sueña con ese perfume inundando su alcoba.

La amada-flor, sí, pero también la madre menguante. Sin duda, uno de los poemas mejor logrados en este libro es aquel en el que Roberto Reyes habla a su madre y le ofrece su brazo y su vida, a cambio de volverla a mirar como era antes.



FRANCISCO MEJÍA nació en 1948. Es sobre todo pintor. Muestra de su obra son las imágenes de todas las portadas de esta colección. Es un poeta que ratifica en el color su insosegable pasión por la vida.

En *El retorno del agua*, Francisco Mejía mide el tiempo, que a su vez mide y agosta los cuerpos en su implacable transcurso:

Ahí, en el trigo debajo del sol,
mienten los poetas, pasan las nubes.

De este modo, con un luminoso sol de fondo, fluyen las nubes y las presencias amadas transcurren irrevocablemente hacia el olvido. Y en ese transcurso, la memoria es también agua rodada, en la que el poeta se mira con ciega delectación y en la que descubre el cuerpo amado. Por eso no es extraño que las manos y los labios de ella sean de lluvia, al decir de Mejía; por eso no es extraño que sobre el cuerpo de la amada llueva como llovió el primer día sobre el paraíso.

Todo lo mide el tiempo en su infatigable transcurso. Y lo que un día fue no volverá. Esta certeza inobjetable desvela al poeta cuando escribe:

Cuando me vaya no volveré,
alguien como yo cortará
el sueño para interrogarse:

¿no volverá?
y para dejar de dormir
y contestarse no, no volverá.
También un día
cada uno se irá para no volver.

Igual que el poeta texcocano, Francisco Mejía sabe que los hombres palidecen como una vieja pintura. El poeta que también es pintor lo sabe: “Todos somos dibujos”, dibujos sinuosos y un día, detrás del líquido que nos filtra y nos sopesa, terminaremos por desaparecer.

JESÚS R. CEDILLO nació en Saltillo en 1965. En su libro *Alabanza de los frutos* se nos presenta como un poeta gozoso, autor de una poesía cincelada, precisa (aun en su aparente tumulto), llena de imágenes desbordantes, donde el poeta se regodea entre las estridencias de la cereza y “la floración dorada de la naranja”.

Con versos contundentes, Cedillo pasea frente a nosotros el sabor, el olor, el color y el gusto de los frutos:

El que mira por última vez la floración de la naranja,
sabe de su embeleso en el fulgor que la presiente

Otra muestra:

Necesario entonces el limón, su poder y su grandeza.

Una más:

El tomate se reconoce en su nostalgia.

Es éste un libro estructurado correctamente, que va desde la vendedora de frutas a los labios de Martina, que disfruta lo mismo el mango que el sensual alboroto de la fresa.

Frutas, frutos, pero también símbolos, lenguaje cifrado: la cifra y la suave encarnación del deseo: la boca que hunde los dientes en la sabrosura sensual de la guayaba, en el mango sugestivo; la lengua que explora las sinuosidades del membrillo.

Alimentos, sí, pero también la exuberante lujuria, el regocijo en el gusto que palpa con ojos y dedos la miel entrevista; en el tacto, en la mirada, en la lengua que todo lo que prueba lo ve de antemano; en las manos que recorren con ojos ávidos la textura, la firmeza, las parvas vellosidades y lisuras de los frutos; en la mirada que paladea las componendas y alianzas del color; en la lengua que se hunde, golosa, entre las suavidades y texturas de interiores succulentos.

ANTONIO CAJERO nació en 1966, en Metepec. Es, sin duda, uno de los poetas jóvenes que mejor han sabido resolver la tensión que plantea la expresión emotiva y la forma, o como diría Alfonso Reyes, el “estado del alma” y la poesía como efecto de palabras.

Cuidadosa, precisa, poblada de referencias clásicas, la poesía de Cajero se nos presenta en *Obsesiones* como una poesía que propone guiños y complicidades librescas al lector. Teseo, Ariadna, Yocasta, Prometeo, Sísifo, Lot, Caín, Jonás y su ballena, son algunos puntos de referencia que guían al lector por este libro, donde el hilo de Ariadna no es el símbolo tradicional de la salvación del héroe, sino sólo y nada más que su pálida mortaja:

Y Ariadna sacrifica a Teseo
y lo envía amarrado al hilo de la muerte
y me espera con los brazos abiertos y fraternos.



Así también Narciso se mira en la “espectacular memoria” de las aguas esparcidas, en la dispersa pedacería de un cántaro roto.

De igual forma, el Poeta-Prometeo, con sed y buitres por toda recompensa, realiza el ancestral periplo de Sísifo a Jonás, de Lot a Caín, de Tántalo al penitente Job, sólo para descubrir al final la borrosa inconsistencia del ser. Tal vez por eso, este poeta que bien conoce las potencialidades de la palabra, en un arranque de charro atrabancado, declara en voz al cuello, con todo y guitarrón:

He decidido ponerme en huelga de hambre
hasta que se me quite lo pendejo.

CELENE GARCÍA ÁVILA nació en 1971. Es toluqueña y, rasgo destacable, es la única mujer de estos siete poetas que integran la colección. Su voz, confiada a la pasión y al asombro, resalta con un registro particular y acentos que la identifican como mujer y autora de poemas memorables, donde la desolación y el gozo pequeño del corazón se funden de manera indisoluble.

Así, la poesía de Celene nace del cuerpo, no del cuerpo gozoso, azulado por el deseo, sino del cuerpo tendido a la intemperie que demanda, y siente el frío, la soledad, el dolor, el hartazgo, la vergüenza, la frustración. Una poesía dolorida y auténtica, donde sobrenada el desconsuelo, la conciencia del dolor irremediable. Por eso declara:

Todos estamos aquí
con la cruz de polvo
sobre el pecho.

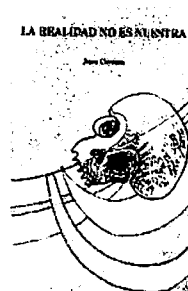
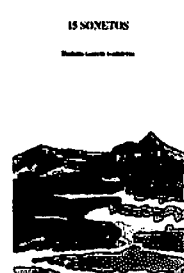
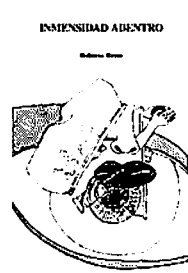
Celene sabe que el dolor es de todos, y sabe de la espera triste y del infame dolor clavado en el vientre, de la pequeña dicha inconsumible, de la afrentosa cal del desencuentro. Por eso, finalmente, no he resistido citar completo este poema.

Has dejado caer el filo de la obsidiana
sobre mi pecho
Vengo con el anhelo de tocarte
con una flor
como se tocan las imágenes de la iglesia
con un alcatraz
con una rosa
con un clavel
y de limpiarme luego la piel
con la flor
como se limpian las culpas los fieles

Traigo una caja de palabras
en la garganta

las he guardado para ti
pero cuando me acerco
con la flor entre los dedos
cuando pongo
una a una
las palabras
en la mesa
tú dejas caer el filo de la obsidiana
sobre mi pecho.

Quisiera concluir ahora celebrando a los siete poetas reunidos en esta nueva colección de la Universidad Autónoma del Estado de México y La Tinta del Alcatraz; celebrar con ellos, aunque ya Saint John-Perse declaraba que la poesía no suele recibir honores, la aparición de sus libros; celebrar que sean ellos, justamente, quienes darán cimientito y solidez a esta serie-homenaje, y celebrar finalmente el motivo central que hoy nos reúne: la poesía, única voz indiscutible de los hombres. O



Félix Suárez. Poeta, ensayista y editor. Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 1997 por el libro *En señal del cuerpo*. Egresado de la carrera de Letras Españolas (UAEM). Becario del Instituto Nacional de Bellas Artes y del Centro Toluqueño de Escritores. Obtuvo la preseña Sor Juana Inés de la Cruz (1984) y el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino (1988). Ha publicado los libros *La mordedura del caimán*, *Peleas y Río Subterráneo*.